

X.

Kellermann.

Jacobo Merey encontró tranquilo á Dumuriez, á pesar de que la situacion era desesperada.

En lugar de retirarse Charot hácia el Prado Grande, tuvo que hacerlo á Vonziers, y Dumuriez se encontraba separado por los treinta mil hombres de Clerfayt, de Dubouquet, que estaba en Roble Frondoso, y de Charot, que acampaba en Vonziers.

El general en jefe escribió á Beurnonville dándole orden de apresurar su marcha hácia Rethel, adonde no habia llegado aun, debiendo estar allí desde el 13.

A Charot y Dubouquet les expresó se reunieran, y que marcharan sobre Santa Menehould.

Y por último, dirigió una carta á Kellermann, en la cual le rogaba que, á pesar de las noticias que tuviera del ejército y por más desastrosas que fueran, marchase sin detenerse á Santa Menehould.

Las dos cartas primeras se las encargó á sus ayudantes las señoras de Fernig, quienes conocian perfectamente el país, y que podian haciendo un rodeo llegar en cuatro ó cinco horas hasta Alligory: les ordenó llevaran dos caballos de repuesto para que, si uno caia en el camino, supliera el otro.

Después que salieron le dijo á Jacobo Merey:

—Ciudadano Merey, desde hace dos dias nos habeis dado tantas pruebas de valor y de patriotismo, y me habeis visto obrar tan lealmente, que no puede existir entre nosotros la sombra de una sospecha.

Jacobo Merey le tendió la mano.

—¿A quién quereis que responda de vos, como de mí mismo? le dijo.

—No se trata de eso. Vais á tomar mi mejor caballo y á salir al encuentro de Kellermann. No le habléis en mi nombre, porque el anciano alsaciano tiene herido su amor propio al verse puesto á las órdenes de un general más joven que él: esa es la razon por la cual no obedece más rápidamente; pero os ruego le habléis en nombre de la Francia, nuestra madre patria; de la Francia, que le suplica se reuna conmigo, y que si lo desea, una vez unidos, le cederé el mando y serviré á sus órdenes como general, como ayudante, como soldado. Kellermann es valiente, pero prudente hasta pecar en irresoluto; debe estar á pocas leguas de aquí.

Con sus veinte mil hombres pasará por todas partes; encontradlo y traedlo. En mi plan le he reservado las alturas de Gizancourt; pero que se coloque en donde quiera, con tal que estemos próximos. Escuchad mi plan. Dentro de una hora levanto el campo. Dejo á Dillon en las Isletas, me uno con Beurnonville y mis aguerridos soldados de Maulde, que forman veinticinco mil hombres, los que, unidos á los seis mil de Charot y cuatro mil de Dubouquet, hacen treinta y cinco mil, y los veinte mil de Kellermann son cincuenta y cinco mil, con los que soy capaz de hacer frente á ochenta mil hombres.

Pero es preciso encontrar á Kellermann; sin él, estoy perdido y la Francia tambien. Partid, y que el génio protector de la patria os conduzca.

Una hora más tarde recibia Dumuriez á un parlamentario prusiano, y le hacia pasear por todo el campamento del Prado Grande; pero apenas el parlamentario partió para Chevières, cuando hizo levantar el campo y marchar silenciosamente, ordenando dejasen las hogueras encendidas.

El ejército ignoraba lo sucedido en la Cruz de los Bosques, y no sabiendo el motivo de la marcha, creia era solo un cambio de posiciones. A las ocho de la mañana del dia siguiente atravesaron el Aisne y se detuvieron en las alturas de Autry.

El 17 de Setiembre, después de haber sufrido dos de esos inexpli-

cables terrores pánicos que en un momento deshacen un ejército lo mismo que el huracán arrastra las hojas secas, mientras que algunos fugitivos corrían á Paris anunciando que el ejército estaba vendido y que su general en jefe se había pasado al enemigo, entraba Dumuriez en Santa Menehould con su ejército en buen estado y acompañado de Charot, Dubouquet y Beurnonville.

Pocos momentos despues dirigia estas líneas á la Asamblea nacional:

«Me he visto precisado á abandonar Prado Grande, y sin conocer la causa ha sufrido el ejército tal terror pánico, que diez mil hombres han huido al verse atacados por mil quinientos húsares prusianos; pero no llega la pérdida á cincuenta hombres y á varios bagajes.

»Sin embargo, nada hay que temer; respondo de todo.»

Entre tanto corria Jacobo Merey al encuentro de Kellermann.

Hasta el 17 á las cinco de la mañana no le encontró. Estaba en San Dizier, porque, al saber que habían evacuado los desfiladeros, había tocado retirada.

Si Dumuriez no envía á Jacobo Merey, hubiera sucedido lo que había previsto.

Jacobo Merey le explicó todo á Kellermann como el mejor ex-tratético lo hubiera hecho. Le refirió lo que había sucedido; le hizo comprender los recursos con que contaba un hombre como Dumuriez; le dijo cuánta no sería su gloria si tomaba parte en la salvación de la Francia, y todo esto expresado en alemán, en ese idioma rudo que ejerce tanta influencia en los que le han balbuceado en la cuna.

Kellermann se convenció y dió la orden para marchar á Gizancourt.

En la noche del 19 entraba á galope en Santa Menehould Jacobo Merey, y llegando á casa de Dumuriez, gritó:

—¡Kellermann!

Dumuriez elevó los ojos al cielo y respiró.

Todo el día había estado viendo á los prusianos adelantar por el desfiladero de Prado Grande, ocupar las colinas que están más allá

de Santa Menehould, y que son los puestos más culminantes del camino.

En una mala posada, llamada *Posada de la Luna*, se había alojado el rey de Prusia, por lo cual el campamento, ó mejor dicho, el vivac, tomó el nombre de *Campo de la Luna*, que aun hoy conserva.

¡Cosa extraña; el ejército prusiano estaba más cerca de Paris que el ejército francés, y este á su vez más cerca de Alemania que el ejército alemán!

Dumuriez salió el 20 por la mañana para ir á tomar sus posiciones para la batalla; pero su sorpresa no tuvo límites cuando vió las alturas de Gizancourt solitarias y desguarnecidas, y las de Valmy ocupadas.

Era una equivocación, ó Kellermann, al verse obligado á obedecer, había deseado á lo ménos elegir su campamento.

Desgraciadamente su posición era malísima para una retirada, pero excelente para el combate.

Pero era preciso vencer.

Si vencían á Kellermann, tendría que hacer pasar su ejército por un solo puente, á la derecha é izquierda del cual había pantanos, en donde se hundirían hasta el cuello si tenían necesidad de replegarse.

Pero repetimos que, para combatir, la posición era muy buena, y hasta atrevida.

Desde la ventana de la posada vió aquella mañana el rey de Prusia por medio de su antejo las disposiciones que tomaban los dos generales.

Despues le pasó el antejo á Brunswick, el que á su vez examinó las posiciones.

—¿Qué pensais de esto? preguntó el rey.

—A fé mia, señor, contestó Brunswick moviendo la cabeza, creo que esas gentes desean vencer ó morir.

—Efectivamente, repuso el rey señalando á Valmy; me parece que ese no es un ejército de *vagabundos*, de *sastres* y de *zapateros*, como nos había dicho el señor de Calonne.

—Verdaderamente, dijo Brunswick; empiezo á creer que es una cosa seria la revolucion francesa.

En aquel momento la niebla, bastante espesa, empezó á flotar en el aire cubriendo la llanura y ocultando los tres ejércitos uno á otro.

Pero aquel instante despejado habia bastado á Dumuriez para formar idea de la situacion de Kellermann.

Si se apoderaban Clerfayt y sus austriacos del monte Iron, situado detrás de Valmy, podrian cañonear al general alsaciano, á quien no podria socorrer, porque se encontraba de frente con los prusianos y con los austriacos á la espalda.

Dumuriez mandó al general Steingel con cuatro mil hombres para que tomase el monte, que solo estaba ocupado por algunos centenares de hombres que no podrian hacer mucha resistencia.

Tambien ordenó á Beurnonville apoyase á Steingel con diez y seis batallones.

Y por último, mandó á Charot ocupase las alturas de Gizancourt con nueve batallones y ocho escuadrones, los que extraviados por la niebla fueron á tropezar con Kellermann, á quien pidieron órdenes; pero teniendo demasiado con sus veinte mil hombres en el promontorio de Valmy, los volvió á enviar á Dumuriez.

El general en jefe les reiteró la orden de ocupar á Gizancourt; pero habiendo conocido Brunswick la falta que habia cometido, no ocupando desde luego la aldea, cuya posicion era tan ventajosa como la colina de la Luna, se adelantó á los soldados de Dumuriez y se apoderó de aquel punto.

La niebla levantó á eso de las once. Dumuriez atravesó, acompañado por su elegante y lucido estado mayor, la llanura de Dammartin-la Planchette, y subió á Valmy para estrechar la mano de Kellermann, homenaje tributado á su ancianidad.

Con el pretexto de poderse comunicar más fácilmente, le dejó como ayudante al jóven duque de Chartres, á quien dijo en voz baja:

—Aquí estará el peligro, aquí debeis quedaros. Haced de modo que llameis la atencion.

El príncipe se sonrió y estrechó la mano de Dumuriez: no necesitaba aquella recomendacion.

Antes que desapareciera la niebla habian colocado los prusianos una bateria, compuesta de sesenta cañones, apuntando á Valmy, y sabiendo que los franceses no podian moverse de allí, rompieron el fuego. De repente oyeron nuestros jóvenes soldados como el estallido de un trueno, y casi al mismo tiempo cayó sobre ellos un torrente de fuego.

Empezaban su educacion militar por lo más difícil; recibir la metralla del enemigo sin moverse.

Verdad es que contestaron; ¿pero llegaban sus balas? Pronto lo sabrian, pues la niebla iba desapareciendo poco á poco, y cuando la atmósfera se despejó por completo, vieron los prusianos al ejército francés firme en su puesto; ni un solo hombre se habia movido.

En el momento en que aparecia la luz del sol, cual si desease iluminar y presenciar aquella gran lucha, de la que dependia la suerte de la Francia, los prusianos dirigieron mejor los obuses, y una descarga hizo estallar dos cajones de pólvora, lo que causó un ligero desorden. Kellermann lanzó su caballo á galope para enterarse de lo ocurrido. Una bala hirió al caballo en medio del pecho, á veinticinco centímetros de la rodilla del general, y el jinete y el animal rodaron por el suelo, y por un instante se creyeron muertos á los dos.

Felizmente Kellermann no estaba herido, y levantándose con rapidez y ardor juvenil, rehusó el caballo que le ofrecia el duque de Chartres y montó otro que le presentaban; pero cuando llegó al sitio de la catástrofe se habia restablecido ya la tranquilidad.

Viendo Brunswick que, contra todo lo que esperaba, aquel ejército que suponian se componia de *vagabundos*, de *sastres* y de *zapateros*, recibia la metralla con la impassibilidad propia de soldados avezados á las balas, se determinó á cargar, y entre once y doce de la mañana formó tres columnas y les dió la orden de tomar las lomas de Valmy.

Cuando Kellermann vió el movimiento de las columnas, dió la orden de formar, pero añadió:

—No disparar ni un solo tiro. Aguardar á los prusianos y á la bayoneta.

Desde el campo de la Luna hasta Valmy hay como dos kilómetros, y el terreno durante algun tiempo desciende suavemente; despues se atraviesa un vallecito y se llega al pié de la colina de Valmy, cuya cuesta es bastante escabrosa y cortada.

Durante un momento no se oyó más que los redobles de los tambores prusianos; las trompetas de la caballería que acompañaba á las columnas para apoyarlas guardaban silencio.

Apoyados contra la tapia de la posada, y con un anteojo en la mano, no perdian el rey de Prusia y Brunswick ningun detalle.

Las columnas prusianas habian bajado la cuesta y empezaban á atravesar el espacio que mediaba.

El rey de Prusia y Brunswick no separaban la vista de la meseta de Valmy. Vieron á los veinte mil hombres de Kellermann, á los seis mil de Steingel y á los treinta mil de Dumuriez poner sus gorras y sombreros en las puntas de las bayonetas y lanzar el grito de ¡Viva la nacion!

Despues empezó á retumbar el cañon. Diez y seis piezas de grueso calibre de Kellermann, y treinta de Dumuriez.

Kellermann estrechaba de frente á los prusianos y Dumuriez los destrozaba por el flanco, y á cada intérvalo de cañonazos los soldados agitaban sus sombreros en la punta de las bayonetas y repetian el grito de ¡Viva la nacion!

Ciego de cólera Brunswick, bajó el anteojo.

—¿Qué hay? preguntó el rey de Prusia.

—No se puede hacer nada contra esos hombres; son unos fanáticos, contestó Brunswick.

Los prusianos, firmes y graves, continuaban avanzando. Cada descarga de Kellermann abria profundos surcos en las filas; los cañones de Dumuriez cortaban las compañías por los huecos que dejaban.

Las filas se desordenaban por un momento; despues volvian á cubrirse y continuaban avanzando.

Pero al llegar al saledizo que formaba el terreno, es decir, como á un tercio de distancia del alcance de los cañones de Valmy, se levantó una barrera de fuego y de hierro que era imposible sal-

var; los soldados veteranos de Federico se amontonaban unos sobre otros; pero, como Dios, lo mismo que á las aguas, exclamaba:

—¡De aquí no pasareis!

Y no pasaron; no tuvieron el honor de medirse con nuestros jóvenes soldados.

Brunswick, estremeciéndose, dió orden para que se suspendiera aquella carnicería inútil. A las cuatro tocó retirada.

Habiamos ganado la batalla. El enemigo retrocedia un paso; la Francia se habia salvado.

El jóven duque de Chartres no habia podido hacer nada notable, pero constantemente estuvo en medio del fuego.

Era lo que podia desear Dumuriez, y bastaba para que figurase su nombre en la orden del dia.

Tal vez se admirará el lector porque el que escribe estas líneas se ha detenido demasiado y con profunda veneracion en describir los detalles de nuestra grande, de nuestra santa, de nuestra inmortal revolucion.

Obligado á escoger entre la antigua Francia, á la que pertenecian sus abuelos, ó la Francia moderna, á la que se habia consagrado su padre, optó por la segunda lleno de confianza y de fé.

He visitado la línea que se extiende desde el campo de la Luna hasta el saledizo que no pudieron salvar los prusianos. He subido la colina de Valmy, verdadera *scala santa* de la revolucion, y la que todo buen patriota debia subir de hinojos, y he besado aquella tierra, sobre la cual, en uno de esos dias que deciden de los destinos de los pueblos, latieron tantos nobles corazones, y en donde el anciano Kellermann, uno de los dos salvadores de la patria, quiso que enterrasen el suyo.

Despues me levanté, diciendo con orgullo:

—Tambien mi padre estuvo aquí; habia venido del campo de Maulde con Beurnonville, como brigadier.

Un año despues era general de brigada.

Un año más tarde general en jefe.